

1119/1264

Sábado 13 de Octubre de 1923

CARTA A DON CRISTÓBAL COLÓN

"Señor don Cristóbal Colón.- Presente.- Estimado almirante:

Van corridos a la fecha cuatrocientos treinta y un años desde que, en un día como éste, pusisteis pies en tierra americana y con desconocimiento total de la sismología, la declarasteis tierra firme.

Aún está en duda, y la historia discutirá el problema por mucho tiempo, si fuisteis vos quien descubristeis primero a los indígenas o éstos a los españoles; pero, ya que el público ha dado en consideraros descubridor de América, no haré cuestión sobre este punto.

Por lo demás, es harto más honroso haber descubierto un grupo de hombres blancos, civilizados y cristianos que una manada de indígenas desnudos, y ninguno de sus dignos descendientes tiene interés en discutir la gloria de haberlos visto en ese estado.

Por lo demás, el viaje, el largo viaje, y las innúmeras molestias que os disteis con tal objeto, sólo hallan explicación en el carácter poco práctico de los españoles. Los indios, sin fatigarse, sin exponer su vida, sin salir de sus hogares, llegaron al mismo resultado de encontrarse con vosotros.

Esto no obstante, vos y vuestros compañeros hicisteis una obra útil: dominar al indio pijo, hablador, pendenciero e iletrado, como toda democracia, y someterla a la autoridad de los elementos más civilizados. Fue esta sin duda, la primera lección de derecho público que recibieron los indígenas, y sin duda alguna también atacaron ese régimen por considerarlo oligárquico y contrario a la libertad, la igualdad y la fraternidad humanas. ¿Por qué los hombres más cultos se arrogaban el derecho de regir sus destinos?

Hay que ver que los indígenas habrían llegado al límite de las conquistas democráticas. Para ellos no había tuyo ni mío, todos eran comunistas. La carencia de moneda - ideal a que aspiraban los revolucionarios rusos - era entre ellos una hermosa realidad: no existía la plaga del capitalismo. En cambio había la libertad más absoluta: la policía no perturbaba sus manifestaciones. Sin conocer aún las ventajas del radicalismo, el robo, entre ellos, carecía de carácter delictuoso, y era tan estimado y apreciado como en cualquier asamblea.

Sin necesidad de poseer un organismo político tan complicado como el Consejo de Estado, los aborígenes podían asesinar cuanto querían, con la seguridad de quedar libres. Entre tanto cada cacique se decía dictador y pronunciaba cada día ante su tribu discursos interminables. Para no ser menos los demás salvajes constituidos en cierta dignidad, hablaban y discutían hasta perderse de vista en los "machitones" que suplían con ventaja a nuestros parlamentos. ¡Aquello era, en una palabra, el ideal democrático del actual régimen!

No hay que hablar de las relaciones internacionales porque ni el propio Gobierno que nos rige actualmente, habría tenido la suerte de encontrar un grupo de salvajes tan pendencieros e incultos como los embajadores que se enviaban entonces de una tribu a otra.

¡Y las ideas doctrinarias! ¡Ah, el propio doctor Lois se habría quedado con la boca abierta - posición que por lo demás le es habitual - contemplando a los indígenas! Porque hay que reconocer que aquellos indios como los radicales de hoy día, sólo creían en el sol, en el sol que más calienta...

Però llegasteis vos, almirante; clavasteis una cruz - ¡adiós conquistas doctrinarias!-; esgrimisteis la espada, símbolo odioso del militarismo; repartisteis las tierras y el comunismo se batió en derrota; impulsasteis el comercio, dando origen, así, al capita-

lismo y como si todo aquello fuera poco, establecisteis un gobierno, imponiendo "la representación que engendra el odio", como decía hace tres años uno de nuestros oradores...

Todo esto hicisteis, almirante; pero no en vano el Rey de España os dió título de Adelantado. Os adelantasteis en vuestra obra.

Después de cuatro siglos de sumisión los indígenas han vuelto a sobreponerse a los blancos. ! Si viérais como han tomado por asalto las cámaras, los juzgados, los cargos diplomáticos, los empleos públicos y los ministerios! ! Si vierais a esos hombres de color cobrizo exponiendo sin el menor empacho las mismas ideas que tenían cuando vos llegasteis a América!

Todo el trabajo de organización que hicieron vuestras huestes, corre peligro de perderse.

Señor Adelantado. Aún cuando tengáis que empeñar algunas joyas, es preciso que hagáis el sacrificio y nos descubráis de nuevo.

Con que traigáis una cruz, una espada y un cetro, - a pedido este último de don Alberto Edwards - el público se dará por satisfecho.

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile